
¡0 tempo voa!

Relato finalista en el Premio de Narrativa de la
Sociedad Española de Neuropsiquiatría

Ignacio Villagrán

*Observo la procesión
de caracoles en el asfalto.
Letanía de conchas perezosas.
Rosario de piadosas espirales.
Yo los miro desde mis alturas
y no termino de entender
por qué apenas avanzan
en ese reguero
de marcha interminable.*

Leo estos versos, escritos con trazos difusos e irregulares, y vuelvo a verle a él, sentado al otro lado de la mesa, observándome con su mirada incierta; una mirada que deja entrever tras el tenue brillo de sus ojos, un sentimiento de vacío y de derrota.

Manuel ingresó en la residencia a finales de enero. Aquella mañana el Paseo de Gabierrota había amanecido nevado y los ancianos disfrutaban del espectáculo desde los miradores. El invierno estaba siendo especialmente crudo.

Cuando acudí al despacho de Laura, la trabajadora social, Manuel se encontraba acompañado de su mujer. Les saludé y me incorporé a la entrevista. Laura abrió la carpeta del expediente y me entregó una copia. Manuel Aneira acababa de cumplir 68 años y procedía

del Sanatorio de Usurbil, donde había permanecido los últimos dos meses. Padeecía un trastorno bipolar y una adicción a los fármacos. Anteriormente había sido tratado por el Centro de Salud Mental de Beraun e ingresado varias veces en la Unidad de Psiquiatría del Hospital Donostia. Estaba incapacitado judicialmente y era su mujer quien ejercía la tutela legal. El informe social concluía incidiendo en el deterioro del clima familiar al que se había llegado, por lo que se hacía inviable la vuelta de Manuel a su domicilio. Se aconsejaba por ello su ingreso en la Unidad Psicogeriátrica (UPSI) de nuestra residencia, *ante la inexistencia de un recurso más apropiado.*

Al leer aquella última frase traté de no mostrar abiertamente mi desacuerdo. Una vez más, la falta de coordinación socio-sanitaria iba a permitir que aquel

hombre ingresara en una unidad cerrada, conviviendo con ancianos afectados de graves demencias. Y aquello era un despropósito.

Durante la entrevista Manuel mantuvo una actitud apática, limitándose a asentir con la cabeza y a contestar con evasivas cada vez que le hacíamos alguna pregunta que lo incomodaba. Era significativa su reticencia a admitir la situación por la que estaba pasando. A ratos se mostraba inquieto, sin parar de moverse de su asiento, pidiéndonos con insistencia *pastillas para el dolor*.

A punto de finalizar, noté que me miraba de una manera extraña. Fue entonces cuando lo reconocí. No había duda, era él. En aquel momento retrocedí cuarenta años atrás, para volver a encontrarme con un joven e ilusionado profesor que trataba de inculcarnos su pasión por la poesía. Pero aquella fugaz instantánea desapareció tan rápido como vino. La imagen que tenía ante mí era la de un hombre hundido y acabado.

Manuel salió del despacho acompañado de una auxiliar, por lo que pudimos seguir cumplimentando con la mujer el expediente de ingreso.

—Mi marido ha tenido siempre un carácter inestable —aseguró ella—. Un día se despertaba pletórico y luego otro, sin saber por qué, permanecía triste y abstraído. Nunca llegué a darle demasiada importancia. Era su forma de ser y así lo acepté. Pero nada más jubilarse empecé a notar cambios en su actitud.

—¿De qué tipo? —le preguntó Laura.

—Cuando Manuel dejó el trabajo, fue como si su mundo se derrumbara de repente. Empezó a mostrarse ausente, despreocupado de todo. Después vinieron aquellas extrañas rarezas: salía con su cartera a la calle como si continuara yendo al instituto; se crispaba por cualquier cosa y pensaba que la gente le miraba mal. Poco a poco empezaron a hacerse más preocupantes sus manías. La tomó conmigo echándome en cara que le tenía abandonado y... —la mujer no pudo seguir y rompió a llorar.

—Tranquila, Amelia —traté de calmarla.

—Empezó a torturarme con la obsesión de que le engañaba con otro hombre. Fue horrendo. Él no era consciente de su estado. Al final conseguimos vencerle para que le viera un médico. Después de hacerle varias pruebas nos dijeron que aquello podía ser un comienzo de Alzheimer.

—No acertaron con el diagnóstico —intervino Laura.

—Para nada. Se equivocaron por completo. Su cerebro tenía otro mal. Él se quejaba de dolores musculares y empezó a abusar de los analgésicos. Antes de que nos diéramos cuenta era un adicto a los fármacos. Aquello era imparable. Un día tuvieron que hacerle un lavado de estómago porque se había atiborrado a pastillas. Otra vez me lo trajo la Ertzantza después de encontrarlo inconsciente junto a las vías del Topo. Así no podíamos vivir. Mi hija me exigía una solución y yo no sabía qué hacer.

Terminada la entrevista, Laura subió con la mujer a la habitación. Ya en mi despacho, volví a leer el historial. El trastorno bipolar de Manuel le llevaba a situaciones extremas, pasando de una fase de asombrosa lucidez a un estado de total ausencia mental. En el informe social se describían sus antecedentes personales y familiares: gallego de nacimiento, casado y con una hija, se había dedicado a la enseñanza hasta su jubilación, era aficionado a la filatelia y un vehemente melómano.

Unos días después me crucé con él en el pasillo de la unidad.

—Ya sé de qué te conozco —me abordó sin más.

—Yo también.

—Siempre me quedo con las caras de mis alumnos. Y tú no has cambiado mucho. ¿Qué tal si nos tuteamos?

—De acuerdo.

—Por cierto, ¿cómo te fue conmigo en clase?

—Lo mío no era la literatura —confesé.

—Preferiste dedicarte a los viejos.



A los tres meses del ingreso hicimos una primera valoración. Manuel estaba respondiendo al tratamiento y sus crisis eran más moderadas. El único problema era la presión ambiental que estaba soportando en la UPSI. Era apremiante reubicarlo en una unidad asistencial más adecuada, pero iba a ser complicado: había sido calificado con perfil psicogeriátrico por la Diputación y su salida de la UPSI requería el consiguiente trámite administrativo.

—Quiero hablar contigo —le cité para informarle de nuestros propósitos.

—Pues aprovecha, que hoy está el cielo despejado —me respondió.

—No te entiendo.

—Que hoy tengo buen día. Así es que date prisa. Como decimos en gallego: *¡O tempo voa!* El tiempo corre, vuela, se acaba. Allá el orballo cae sin parar y cuando amanece un día de sol hay que aprovecharlo al máximo. Pues eso mismo le ocurre a mi cabeza. Cuando se despierta sin nubarrones, ya me puedo apresurar a hacer las cosas que seguramente no podré hacer otro día; cosas tan simples como pensar, leer, conversar..., disfrutar de la vida. Porque mañana es posible que vuelva a entrar en ese maldito túnel y ya no habrá manera de salir por un tiempo.

—Voy a serte sincero. No deberías estar en la UPSI. He solicitado una autorización de traslado a otra unidad, aunque no va a ser fácil conseguirlo. Tendrás que tener un poco de paciencia.

—¿Paciencia, dices? —exclamó encogiéndose de hombros—. Me despierto cada mañana con los gritos de la habitación de al lado, la mujer que come en mi mesa me toma por su hijo y los ancianos que están en la sala se dedican a hablar solos o a hacer dibujos con las manos en el aire. Miro a mi alrededor y no veo más que cámaras de vigilancia que siguen mis pasos, día y noche. Y mi única comunicación con el exterior es a través del ojo de buey de esa puerta metálica que se abre con una clave secreta. Al menos tengo la suerte de recibir las visitas de mi mujer.

Mientras se gestionaba su traslado acordamos una solución transitoria: Manuel podría salir del recinto de la residencia, siempre que estuviera acompañado de un familiar o un responsable. Así fue cómo lo incluimos en el programa de acompañamientos que teníamos suscrito con la Asociación Nagusilan.

—¿Estás a gusto con Mikel? —le pregunté, refiriéndome al voluntario que se le había asignado.

—Sí, es un buen tipo. Y un gran andarín. ¡Menudas caminatas nos pegamos! El otro día fuimos hasta Puntas. Años hacía que no iba por allí.

—¿Cómo fue que saliste de Galicia?

—Después de terminar la carrera tuve que venir a hacer la mili a Loyola. Los domingos me venía al baile de la Alameda y allí conocí a Amelia. Total, que me quedé. Fíjate, pensaba que iba a sentirme un extraño y resulta que encontré en Trintxerpe tantos gallegos como en mi propia tierra. ¡Tiene narices!

—Eres de A Coruña.

—Sí, de Corme. El pueblo con los mejores percebes del mundo.

—Y eso que está lejos de Bilbao —bromeé.

—La cosa es que terminé echando raíces en este pueblo. Nos casamos y nos fuimos a vivir de alquiler a Ondartxo. Después conseguí plaza en el instituto y nos compramos un pisito en el centro. Y de ahí me han traído —añadió resignado.

Gracias a la insistencia de su mujer, la Diputación accedió a que Manuel saliera de la UPSI.

—¡Al final Amelia lo ha conseguido! —le transmití mi satisfacción.

—Así es —asintió con una leve sonrisa—. Ella ha sido siempre mi sombra. Mi blanca sombra —y empezó a recitar—: *I es o marmurio do río i es a noite i es aurora... i eres a estrela que brila y eres o venta que zoa...* ¿Te suena?

—No.

—Olvidaba que no te va la poesía. Negra Sombra, de Rosalía de Castro.

Durante los meses siguientes Manuel continuó en clara mejoría. Se mostraba comunicativo y locuaz y empezó a participar en las actividades de tiempo libre. Se inscribió en los conciertos de Musikaste y me propuso la idea de reorganizar la biblioteca. Su integración no podía ser más positiva y yo no perdía la ocasión para infundirle ánimo. Pese a todo, me resistía a aceptar que la residencia fuera el mejor lugar para él.

—No pensaba que te ibas a recuperar tan rápido —le dije en una de nuestras charlas.

—Serán esos bálsamos milagrosos que me dais. Aunque tendría que presentar una queja formal.

—¿Por qué? —me pilló desprevenido.

—Porque los que diseñan los fármacos son los verdaderos culpables de mi adoración por ellos. No tienes más que asomarte al comedor a la hora del desayuno y observar el contenido de esas pequeñas compoteras que hay en cada mesa; esas ensaladas multicolores de cápsulas, píldoras y grageas que se te ofrecen incitantes y te dicen: *¡Ven, acércate!* Y si te fijas en la hilera de pócimas y brebajes que se apilan en la vitrina del botiquín, parece que estás leyendo nombres exóticos de antiguas diosas: Olanzapina, Paroxetina, Risperidona... Diosas seductoras que poseen el hechizo de llevarte al éxtasis. ¡Al éxtasis de la nada! —apostilló mordaz.

Aunque seguía dando signos de reestablecimiento, Manuel volvía a menudo a su obsesión por la medicación y a la tendencia a realizar actividades convulsivas, como deambular sin descanso, comer rápido o subir y bajar escaleras de forma apresurada.

Al salir una tarde de la residencia, lo encontré sentado en un banco de la rotonda de Santa Clara. Me extrañó verlo solo y me acerqué a él.

—Hace un rato que ha escampado —fue su saludo.

—Sí, ya era hora.

—Me estaba fijando en esa hilera de caracoles —y señaló el bordillo de la acera—. Desde aquí parece que no se mueven.

—Sí lo hacen.

—Ya, pero avanzan con lentitud. Con una lentitud desesperante.

—¿Por qué desesperante?

—Porque su avance se hace eterno.

—Nada es eterno, Manuel.

—Algunas cosas sí —dijo pensativo —¿Tienes por ahí algo para escribir? —me pidió de repente.

—Sí —le dí un bolígrafo y un pequeño cuaderno de notas que llevaba en la cartera.

—¡Vaya! *Diclofenaco, 50 mg*. No puede ser más poético —exclamó irónico al leer el texto impreso en la hoja—. Y este color añil del papel, muy inspirador.

Mientras escribía, trataba de controlar el temblor en sus manos. Cuando terminó, arrancó la hoja y me la dio. Un escalofrío me invadió por dentro cuando leí aquellos versos.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Sí, mucho.

—Quédatela si quieres.

Poco tiempo después Manuel tuvo una recaída que le sumió en un bloqueo total, sin posibilidad alguna de que pudiéramos comunicarnos con él. Al cabo de tres semanas empezó a dar signos de recuperación, aunque se le veía receloso y esquivo. Me adelanté a hablar con él.

—Vas a salir de ésta, Manuel. Ya te estás recuperando.

—Sí, hasta la próxima —exclamó indiferente.

—Es la forma en que se manifiestan las crisis. Tú lo sabes mejor que nadie —le recordé.

—Siempre me han dicho que el trastorno que padezco es de origen orgánico, que es posible que haya estado siempre ahí, agazapado, hasta que le dio un día por salir...

—Así es. En cierto modo, estabas predispuesto a ello.

—Sin embargo yo tengo otra teoría: creo que ese continuo tránsito de la tristeza a la alegría es inherente a la especie humana; esa alternancia vital es algo que afecta a todos por igual. Lo que ocurre es que unos lo controlan mejor que otros. Sí, ahora lo denominan desorden afectivo, trastorno psicótico, distimia, bipolaridad... Vocablos redundantes que no son más que eufemismos de saldo que se usan para evitar pronunciar su nombre.

—¿A qué te refieres?

—A la melancolía. A ese estado natural que desde tiempos remotos se ha llamado *el mal del alma*.

—Las cosas no son tan sencillas, Manuel.

—¡Ah, no? Pues voy a simplificarlo aún más. ¿Sabes dónde está el verdadero origen de ese mal del alma?: en el sentimiento de vacío que todos sufrimos. Sí, todos, aunque nos cueste reconocerlo o no seamos conscientes de ello. Ese vacío existencial que ha llevado al hombre a recurrir a falsos mitos, a dogmas sedativos y a deidades imaginarias; el mismo vacío que he sentido yo durante gran parte de mi vida.

—Lo dices porque tú no eres creyente.

—¡Qué más quisiera que serlo! Porque todo sería distinto. No sabes lo que daría por tener fé, por aferrarme a la esperanza absoluta, aunque sepa que detrás de ella no hay nada.

Mientras escuchaba a Manuel, trataba de digerir aquella demoledora reflexión. Era el razonamiento de un hombre que en aquel instante se mostraba extrañamente sereno. Y también la abstracción deformada de una mente enferma, una mente que no hacía sino trasgredir la realidad. Pero, ¿qué realidad? ¿La suya o la mía? ¿Acaso no confluían ambas en un mismo punto y compartían el mismo destino? Un aluvión de preguntas se agolpaba en mi cabeza, amenazando con desplomar mi frágil castillo de naipes. Porque aquellas palabras, aderezadas con el sabor amargo del desaliento, habían logrado resucitar en mí viejos fantasmas, al adentrarse en una verdad que yo me había negado siempre a aceptar.

Aquella fue la última conversación que mantuve con Manuel. A los pocos días caía en una nueva crisis. La

situación se complicó con un infarto que le mantuvo ingresado en la UCI. De allí fue trasladado con carácter definitivo al Hospital Aita Menni, donde falleció años después.

* * *

La lluvia no ha dejado de caer en toda la tarde. Miro a través de la ventana del despacho y trato de alentar con la vista el avance de ese caracol que ha surgido entre la hierba del jardín. Hoy es mi último día en la residencia. Me cuesta resignarme a entregar el testigo, a asumir que el paso de una etapa a otra de la vida se resuelva con la firma de un finiquito y el cierre de un expediente laboral. Es como si la historia de todos estos años quedara reducida a las cuatro cosas que me llevo de recuerdo en la cartera. En realidad, para qué más. Me acerco a la mesa y saco mi agenda del cajón. De una de las solapas extraigo el trozo de papel añil. Leo los versos en voz alta, pero nadie me oye. Antes de guardarlo en la cartera, vuelvo a mirar por la ventana y recorro la sinuosa estela que el caracol ha dejado en el adoquinado. Al fin se abre un claro en el cielo. *¡O tempo voa!*

